

DANA

«Inteligente e irónica,
en esta novela
brilla la honestidad»,
Publishers Weekly

CROSS
BOOKS



REINHARDT

DINOS

LA

VERDAD



DANA REINHARDT

DINOS
LA
VERDAD

A black and white illustration of a person walking to the right. Above the person is a large, dense, scribbled circle representing an umbrella. Small black dots are scattered below the scribble, representing rain falling on the person.

Crossbooks
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Tell us something true*
© del texto: Dana Reinhardt, 2017
© de la traducción: Zulema Couso, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2017
ISBN: 978-84-08-17565-0
Depósito legal: B. 14.905-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

UNO

Hasta la tarde en la que Penny Brockaway me dejó en medio del lago de Echo Park, no creía en el destino.

No, no me refiero a que me dejara ahí abandonado, sino a que cortó conmigo, a que me sacó el corazón y lo pisoteó con un par de botas de esas grandes que tanto le gustaban, y después se sentó tras el volante de su todoterreno y le pasó por encima; cogió los trozos aplastados que quedaban y los tiró en el cubo del compost.

Habíamos alquilado una barca a pedales.

Yo fui el único que pedaleé.

Su mejor amiga, Vanessa, nos había hablado de las barcas y le había dicho a Penny que podías ir hasta el centro del lago de Echo Park; ¿a que es romántico estar en mitad de un lago con la persona a la que quieres?

A mí no me pareció muy buena idea, pero a Penny le apetecía probar, y hacer cualquier cosa con Penny era romántico. Ver cómo se cepillaba el pelo. O cómo se ataba los cordones. O cómo hacía pompas con su chicle azul sin azúcar. Yo no necesitaba estar en una barca en mitad de un embalse para

sentir mariposas en el estómago por Penny. Para ser feliz me bastaba con sentarme en la puerta de atrás de su casa y observar cómo su perro de tres patas intentaba escapar de los aspersores. O haciéndole compañía mientras cuidaba de su hermano pequeño y gordo, Ben. Pero ella quería dar un paseo en la maldita barca. Debería haberme negado, pero no lo hice. Tardamos cuatro meses en encontrar un sábado por la tarde para ir a Echo Park, y por fin fuimos, y cuando llegamos nos tocó esperar cuarenta y cinco minutos para poder alquilar la barca, y al final nos dieron una roja, y nos subimos y yo pedaleé hasta el centro del lago, y allí fue donde me dijo: «Riv», seguido de un gran suspiro y de una mirada anhelante a la orilla, donde le había pagado a un adolescente vestido con un chaleco ridículo veinte dólares por el privilegio de alquilar la barca en la que mi novia estaba a punto de cortar conmigo.

—No puedo seguir así.

Lo más gracioso es que pensé: «Pero si no has dado ni una pedalada en todo el rato». Lo que ocurrió después está borroso. Hay quien dice tener una experiencia extracorporal durante una tragedia, como si estuvieran flotando en las nubes y observando a una versión en miniatura de sí mismos. Hay quien lo describe como la sensación de estar bajo el agua, donde todo se mueve a cámara lenta, con las imágenes deformadas. ¿Yo? Mi cuerpo se volvió de hielo mientras me ardía la cabeza. Como si fuera un superhéroe de segunda con poderes inútiles que solo servían para hacerme daño a mí mismo.

Sin duda ella dijo algo más. Estoy seguro. Pero durante los minutos —o quizá horas, porque sentí como si el sol se hubiera movido, como si la luz sobre el lago hubiera cambiado— o durante el tiempo que pasó entre la frase «No puedo seguir así» y «Es que no eres... el tipo de persona

que creo que me merezco», no oí nada. Y no creo que lo que dijera esté escondido en algún lugar de mi mente, como las cajas negras de los aviones que graban toda la información importante, porque he buscado por todas partes. Se puede decir que hasta he meditado sobre el tema, y lo único que he sacado en claro es silencio.

—¿Qué tipo de persona te mereces, Pen?

Ojalá le hubiera preguntado eso con voz grave, tal vez con acento argentino, con una voz segura, en lugar de croar como una rana. Algo me pasaba que me impedía hablar.

—Alguien..., no sé...

Volvió a mirar a la orilla. ¿Era el chico del chaleco? ¿Era él quien creía que se merecía? ¿Alguien que vendía billetes para barcas a pedales «románticas» en las que muere el amor?

—Alguien con más intereses.

—Intereses.

—Algo más..., no sé cómo explicarlo..., más...

Normalmente, Penny era inteligente, ingeniosa y divertida, así que me di cuenta de que le estaba costando mucho romper conmigo, cosa que me hizo sentir bien, supongo, porque estaba claro que no había preparado lo que quería decirme con antelación, así que todavía me quedaba la esperanza de que estuviera actuando por impulso.

—¿Más...?

—Riv, no me lo pongas más difícil.

Ojalá hubiéramos elegido la barca a remos. Habría tirado los remos al agua. Así nos habríamos tenido que quedar en mitad del lago de Echo Park para siempre, o al menos hasta que se diera cuenta de que estaba cometiendo un error garrafal.

Entonces se puso a pedalear. Despacio. Como si esperara que no me diera cuenta, solo que sus pedales y los míos se movían a la vez porque estaban conectados. Como nosotros antes.

El muelle y el idiota del chaleco se acercaban cada vez más. Había pagado por una hora entera. Solo estuvimos quince minutos en la barca.

—Escucha —me dijo cuando había cogido ritmo. Se mordió el labio superior, un gesto que siempre me había parecido adorable. Penny nunca se ponía brillo de labios como las otras chicas. ¿Para qué intentar mejorar la perfección?—. No reflexionas. No piensas las cosas. Solo sigues el rollo y haces lo que se supone que debes hacer. Ni siquiera intentas entenderte a ti mismo, y tampoco intentas comprender tus problemas, porque, River, no sé si lo sabes, pero tienes problemas...

—Te quiero, Penny.

—Ya sé que me quieres. Eso lo tengo claro.

—Te quiero mucho mucho mucho.

—Es muy bonito, pero...

—¿Bonito?

—Vamos a...

—¿Es por Vanessa? Porque me pareció que cuando te dijo que fueras al lago con alguien a quien quieres, hablaba de ella.

—Estás loco.

—Sí, por ti.

Ojalá no hubiera dicho eso. Dios, qué cutre. Parecía sacado de una de esas comedias románticas de mierda que Penny me obligaba a ver.

Miró al cielo. Yo ni siquiera la estaba mirando a ella, no podía soportarlo, pero sabía qué cara estaría poniendo.

Mientras seguía pedaleando hacia el muelle, el chico del chaleco gritó:

—¡Tírame la cuerda!

La apreté fuerte entre las manos.

—Tírale la cuerda, River.

—No.

—Necesita la cuerda para acercarnos al muelle.

—No.

—Pues vale —dijo ella al bajar de la barca.

Tuvo que saltar para alcanzar el embarcadero. Se sujetó del brazo del chico del chaleco mientras yo seguía sentado solo en la barca, con la cuerda en las manos.

—Venga, River.

—No.

No sabía lo que estaba haciendo ni por qué, pero estaba decidido. No pensaba bajar de la barca.

—Quiero irme.

—Pues vete.

—Estamos en Echo Park. ¿Cómo vas a volver a casa?

—En autobús.

—Muy gracioso.

—En serio.

—No has cogido el autobús en tu vida.

—¿Y?

Suspiró y miró al chico del chaleco como diciendo: «¿Qué quieres que haga con él?».

—Vale —me dijo, mientras buscaba las llaves del coche en el bolso. Las agitó—. Me marchó. Última llamada para volver a casa.

—Paso.

—Adiós, River. Buena suerte con... con todo.

DOS

No estoy orgulloso de admitir que nunca me dio por sacarme el carnet.

La mayoría de los adolescentes que viven en Los Ángeles sueñan con conducir en cuanto tienen edad suficiente para soñar. Pero cuando cumplí los dieciséis, no fui a la autoescuela como todo el mundo. Y luego cumplí los diecisiete y me convertí en el chico que no tenía carnet. ¿Por qué? Pues porque nunca me hizo falta. Me enamoré de Penny Brockaway cuando teníamos quince años, ella cumplió dieciséis un mes antes que yo y se sacó el carnet como todo el mundo, así que yo no necesitaba conducir porque la tenía a ella, hasta el día que me quedé colgado en el lago de Echo Park, a veinte kilómetros de casa por la autopista. Resultaron ser solo dieciséis por la ciudad, 16,1 para ser exactos; lo sé porque me tocó andarlos.

Llevaba el móvil. Podría haber llamado a alguien. A mi madre. O a Leonard, aunque sabía que estaba trabajando. Podría haber llamado a Will o a Luke o a Maggie; habrían disfrutado de la oportunidad de llevarme a casa tras haber

roto con Penny. Joder, hasta podría haber llamado a un taxi. Pero no quería ver a nadie, ni siquiera a un taxista al que no volvería a encontrarme en la vida.

Al final le lancé la cuerda al chico y bajé de la barca; me dijo que le debía otros veinte dólares porque me había pasado una hora ahí sentado, pensando, y saqué mi cartera y se los di porque no podía soportar la idea de fallarle a nadie más.

Eché a andar. No te voy a mentir, no tenía ni idea de adónde iba. Nunca había estado en Echo Park. Normalmente, apenas iba más allá de Fairfax.

No soy y nunca he sido miembro de los Boy Scouts ni nada parecido, pero de algún modo supe que el oeste estaba en dirección al sol, que había iniciado su perezoso descenso. Aquel día iba a tardar una eternidad en terminar.

Caminé a través del barrio filipino, del tailandés, del coreano. Pasé por delante de tiendas que vendían cubos de plástico de colores vivos y sombrillas de flores y pijamas de seda y especias y pescado y radios y futones. No me paré a comer fideos ni *dumplings* ni granizados. No podía recordar cuándo ni qué había comido por última vez. Normalmente, tenía un apetito voraz, así que dice mucho de cómo me sentía que no me detuviera a comprar ni siquiera un té.

Al final, en un tramo especialmente deprimente de Pico Boulevard, se me fue la cabeza del todo y me puse a pensar en mi corte de pelo. Habíamos ido a Rudy's, en Venice, la semana anterior, y Penny le había dicho al peluquero, Jasper, creo que se llamaba, lo que tenía que hacer. «Mantén el estilo despeinado, pero córtaselo un poco por detrás, parece que se esté dejando melena.» Tenía la mano

sobre mi cuello cuando lo dijo, y después me peinó con los dedos, tirando ligeramente para ilustrar sus palabras.

¿Cómo se puede pasar de acariciar el pelo de alguien a dejar a esa misma persona en mitad de un lago en tan solo una semana?

Lo que había pasado me había golpeado con la fuerza de un terremoto, pero no uno de esos leves que hay en Los Ángeles y que a veces tienes que fingir haber sentido.

En ese momento, cuando estaba a punto de derrumbarme en medio de aquella acera desierta que probablemente jamás hubiese visto a un peatón, cuando el sol por fin desapareció ante mí y no quedaba con lo que guiarme, lo vi.

El cartel.

Pintado en negro y medio borrado sobre un toldo blanco hecho jirones:

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Como en Las Vegas o en Times Square, un enorme y brillante cartel de neón que parpadeaba, o así es como lo vi yo, una señal que me llamaba: «Oye, tú. ¡River Anthony Dean! ¡Don nadie de diecisiete años sin carnet de conducir ni novia! ¡Aquí! ¡Por aquí!».

Entonces entendí por qué me aferraba a la cuerda, por qué no quería bajar de la barca y por qué no acepté la oferta de Penny de llevarme a casa, por qué no me paré a comer fideos o *dumplings* o granizado. Tenía que llegar a aquella calle en aquel momento y ver el cartel de «una segunda oportunidad» brillando como un faro en mi oscuridad.

El cartel estaba allí para mí.

Me paré bajo el toldo, frente a dos puertas de cristal sucio con un trozo de papel pegado a una de ellas:

ESTE: ES TU SITIO.

AQUÍ: ES DONDE EMPIEZA EL CAMBIO.

AHORA: ES EL MOMENTO.

ENTRA.

Atravesé la zona de recepción vacía en dirección a otra puerta, la abrí; aún sentía que algo importante me estaba atrayendo. Algo con el poder de enderezar el curso de mi tarde catastrófica.

Me encontré en una sala amplia sin ventanas, con un círculo de sillas plegables de metal y unas diez personas. Giraron la cabeza a la vez.

—Bienvenido —dijo un hombre con una camisa blanca sin cuello, del tipo que visten los poetas o los piratas—. Coge una silla.

Le hice caso.

—Preséntate.

—Soy River.

—Hola, River —saludó el hombre—. Cuéntanos por qué has venido.

—Eehh... —Tragué saliva, no quería volver a croar como una rana—. Bueno, supongo que tengo problemas. No sé, parece que no pienso demasiado las cosas. Y mi vida... es un desastre. —Me detuve. Volví a tragar. Tenía la boca muy seca. ¿Por qué no me había comprado el té?—. Y entonces... He visto el cartel a la entrada del edificio. Y, bueno, necesito una segunda oportunidad.

Todos los miembros del círculo, la mayoría de mi edad excepto el poeta/pirata, hicieron un movimiento extraño, giraron la muñeca con la mano hacia arriba, con el meñique señalándome a mí y el pulgar a ellos.

—Eso significa que sentimos una conexión contigo

—explicó el poeta/pirata—. Tus palabras han conectado con algo en nuestro interior.

Me sonrió y mantuvo la mirada fija en mí el tiempo suficiente para hacerme sentir algo incómodo; después se volvió hacia el chico que estaba sentado a su lado. Era grande, con la cabeza rapada, vestía una camisa a cuadros y tenía el cuello grueso; era el tipo de chico con pinta de que te robará el dinero de la comida justo antes de hacerle un puente a tu coche.

—Continúa, Mason. Nos estabas contando lo que ocurrió la semana pasada.

—Vale, sí, estaba en... en Starbucks después de clase. Todo el mundo quería ir, así que pensé que yo también podría unirme pero sin tomar nada. Y entonces todo el mundo se pidió Caramel Flan Frappuccinos. Tenían muy buena pinta, pero tienen como mil millones de calorías. Entonces vi que hay una versión *light* que solo tiene ciento cuarenta calorías y cero gramos de grasa y sabe exactamente como me esperaba: como si solo tuviese ciento cuarenta calorías y cero gramos de grasa. Me lo terminé en treinta segundos y entonces me dieron ganas de pedirme uno de verdad, porque me picaba el gusanillo. El tío me preguntó: «¿Qué te pongo?». Y yo abrí la boca para decirle: «Caramel Flan Frappuccino, payaso», pero en vez de eso me oí decir: «Un vaso de agua, por favor». No es que no pensara en ir al baño a vomitar, pero... no lo hice. Solo he vomitado una vez esta semana. No es perfecto, pero estoy muy orgulloso.

—Deberías estarlo —dijo el poeta/pirata—. Yo estoy orgulloso de ti.

Era delgado, prácticamente nadaba dentro de la camisa sin cuello, con el pelo un poco largo y moreno (Penny le

habría obligado a recortarse la parte de atrás), una perilla escasa que no dejaba muy claro si pretendía dejársela o no, y las mejillas rojizas. Hablaba con un ligero ceceo.

No estaba del todo seguro de cómo iba a ayudarme este tipo o este grupo a conseguir una segunda oportunidad con Penny, pero allí estaba, formaba parte del círculo, y no podía levantarme y marcharme sin más.

En sentido contrario a las agujas del reloj, los miembros del círculo comentaron lo que les había pasado durante la semana. Algunos hablaron de drogas o alcohol. Una chica había robado, y un chico era adicto a los videojuegos. Escuchando sus historias, casi llegué a olvidarme de mi corazón roto.

Casi.

Cuando le tocó el turno de hablar al chico que estaba sentado junto a mí, se quedó mirando fijamente sus zapatos durante mucho tiempo. Eran unas zapatillas muy chulas, Nike Dunk High SB en morado y rojo cereza. Nunca había visto aquella combinación de colores tan particular. Parecían de edición limitada.

Aún no había dicho una palabra. Se crujió los nudillos dos veces y se puso a dar golpecitos con los dedos en los muslos, de manera nerviosa. Nadie le metió prisa. El tiempo no parecía importar. El silencio me pone nervioso, pero no iba a ser yo quien lo llenara, eso ni hablar. Al final, dejó escapar un gemido grave y lento.

—Uuuuuuggggghhhhhh. —Y después—: Molly.

El poeta/pirata asintió.

—Molly —volvió a decir el chico, apretando fuerte los párpados para contener las lágrimas—. Echo. Mucho. De. Menos. A. Molly.

Así que no estaba solo. No había entrado donde no debía. Mi tristeza, mi historia, lo que me había llevado hasta aquella sala —Penny— era relevante. Era importante. No era el único al que le habían pisoteado el corazón.

Una chica muy guapa con el pelo largo y oscuro y la piel ligeramente bronceada, pintalabios rosa y pendientes de aros de oro, la que robaba, se puso de pie y se acercó al chico de las zapatillas guapas y le ofreció un pañuelo de su bolso. Él la apartó. Quería mantener la fachada de que no necesitaba llorar por Molly del mismo modo que yo había sujetado la cuerda en la barca.

Quería decir algo como «te entiendo, colega», pero no me apetecía hablar. En vez de eso, cerré la mano formando un puño, estiré el meñique y el pulgar y moví la mano adelante y atrás entre nosotros.

Me miró.

—¿Tú también?

Asentí.

—¿Molly?

Me reí un poco.

—Bueno, Molly no —le dije.

El chico tenía un sentido del humor un poco seco.

—Entonces ¿qué?

Reflexioné sobre por dónde empezar. ¿Por el día que vi a Penny por primera vez al otro lado del patio al comenzar las clases? ¿Por la primera vez que la besé, en la fiesta de Jonas? ¿Por la primera vez que me dejó...?

—¿Coca? ¿Oxi?

Mierda. Molly..., la droga. Molly no era una chica. Molly era una droga.

—¿Adderall?

Negué con la cabeza.

—Entonces ¿qué? —Me miró con cara de sospecha—.
¡No! No será... ¿la gran H?

Volví a negar con la cabeza. Con más entusiasmo.

Ahora fue él quien se rio.

—Eso pensaba. Entonces ¿qué es? ¿María?

Asentí porque era más fácil que confesarle que estaba allí por los problemas que mi novia decía que tenía y que yo no entendía.

Por lo menos había fumado marihuana alguna vez.

En dos ocasiones para ser exactos.

—¿María? —Volvió a reírse—. María —repitió, como si no se lo pudiera creer.

—Christopher —dijo el poeta/pirata—. No podemos comparar nuestros problemas o nuestros vicios con los de nuestros compañeros, así que no lo intentaremos. Ya lo sabes.

—María —dijo entre risas.

Todo el mundo me miraba. A la espera. Era mi turno de contar mi historia.

Y así es como acabé en Una Segunda Oportunidad, en una zona triste de Pico, para intentar superar mi inexistente adicción a la marihuana cada sábado por la noche durante la primavera de mi último año de instituto, que debería haber sido el mejor año de mi vida.